

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*Las Cuatro Majestades*, por D.^a Angela Grassi.—*Una niña recién nacida en el día de su Santo*, (poesía), por D. A. F. Grilo.—*La Décima Musa* (continuación), por doña Micaela de Silva.—*Lo que la Creación dice al hombre*, por D.^a Camila Avilés.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—*Modas*.—**LÁMINA:** *Figurin*, núm. 828 bis.

REVISTA DE MODAS.



UCHAS é importantes novedades tenemos que comunicar hoy á nuestras bellas lectoras. Parece que esta época de inconsecuencia en la temperatura, de reposo para los que regresan de sus expediciones, debería ser un paréntesis para la Moda, y por el contrario, con la variedad del tiempo se duplican las invenciones, y detrás de los expedicionarios viene la apertura de teatros y salones, verdadero paletote de la Moda... Nada tiene por consecuencia de particular que el Otoño del año sea su primavera.

Confeccionanse para abrigos de Otoño ó Invierno paletots con aldetas-peplum: su corte es casi ceñido al cuerpo, con la aldeta abierta por detrás, y terminando en dos puntas agudas, lo mismo que por delante, con ricas borlas en los ángulos; otros van además abiertos por el costado y adornadas estas puntas tambien con borlas. Estos abrigos se harán en cachemir, paño y terciopelo, adornados con rica pasamanería. Como abrigo de menos pretensiones, y para servir de complemento á traje de mañana, continuarán haciéndose de forma recta, cortos, y en muleton de lana, astrakan y otros mil tejidos de lana fuerte, cuyas muestras ostentan ya nuestros almacenes de paños.

Los trajes de Otoño en colores oscuros y de medias tintas se completarán asimismo con paletots peplum de la misma tela, continuando el corte nesgado de las faldas y la hechura Princesa (sotana), de tan severa sencillez. En adornos, el azabache,

la pasamanería con cuentas, los flecos y borlas con azabache ó cristal; todo, en fin, lo que brilla y resalta, es lo adoptado por la Moda actual. Confeccionanse tambien figuras en cachemir, unas redondas, otras rectas y holgadas del talle, pero siempre terminando mas arriba de la cintura, y guarnecidas de flecos de madroños ó bellotas de azabache, que parecen la encantadora creacion de un capricho. Estas se repetirán en breve en terciopelo negro, y están destinadas á representar gran papel en los teatros y reuniones de confianza. Con ellas es indispensable ancho cinturon con lazo ó escarapela, y cabos flotantes por detrás.

En trajes de baile... No nos atrevemos á proseguir. ¿A qué levantar una punta del velo que cubre las maravillosas invenciones que para este invierno se preparan, cuando aun han de tardar dos meses lo menos en hacer su entrada en el mundo? ¿Para qué excitar deseos que no pueden realizarse por ahora? Creemos que es un defecto la impaciencia, y de ningún modo queremos ser cómplices en aumentar la de nuestras lectoras.

Para calle hemos dicho la última palabra, como dicen nuestros vecinos. ¡Traje corto! Traje corto negro, sobre falda de color, ó negra tambien, adornada con color. Traje corto, zapato Luis XV, ó bota alta; paletot corto y holgado, y sombrero negro con flores de terciopelo azul ó grana... No busqueis nada mas propio, mas sencillez, mas ideal! La sencillez y la coquetería se han combinado para esa afortunada creacion! Los vestidos se recojerán con patas, botones, escarapelas, lazadas de cordon, pre-

sillas de cinta, y como última novedad, con solo un recogido por detrás, figurando lazo de dos hojas. Esta es la última invención. ¡Aguardemos algunas horas á la que ha de sucederle!

En sombreros, nada notable, nada que altere la forma establecida. Parece que las mujeres se defienden de los ataques del buen gusto con las armas de la coquetería! En efecto, si los sombreros son demasiado pequeños, en cambio tienen una gracia irresistible. Principian á hacerse en encaje negro, en fondos tupidos, y se anuncia para ellos este invierno el adorno de flores de terciopelo con rocío: las bridas, segun último decreto, se atarán por detrás debajo del peinado. Para los sombreros entra tambien en combinacion el fleco de madroños ó bellotas de cristal, así como las cadenas de flores, si

bien estas solo son admisibles en sombreros de gran pretension.

La lencería, con la proximidad del invierno adquiere gran importancia, y la combinada con Holanda y muselina, merece ciertamente la preferencia, prestándose á mil caprichos del gusto y del arte. Los bordados en negro son siempre buscados para *toilettes* de mañana por las personas de tacto en materia de vestir; y en cuanto á cofias, figuras, etc., nada mejor podemos hacer, que remitir á nuestras lectoras al figurin de objetos sueltos, que acompaña á este número, y es, como todos nuestros figurines, fiel espejo donde el arte y la Moda reflejan sus mas bellas invenciones.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

CARTAS SOBRE LA EDUCACION.

LAS CUATRO MAJESTADES.

III.

—No temas, niña, y acércate, le dijo el que ostentaba el cetro y las cadenas; sé qué vienes á rendir homenaje ante la Magestad que mas te cautiva y te sorprenda. Yo soy Eolo, rey de los vientos. ¡Míralos ahí encadenados y sujetos á mi albedrío, en esa estrecha cueva!

Los cuatro primeros son los que vosotros llamais cardinales, porque parten de los cuatro ángulos del mundo, y sus nombres son: *Euro* ó *Levante*, el que viene de Oriente; *Noto* ó *Auster*, el de Mediodía; *Bóreas* ó *Tramontana*, el del Septentrion, y por último, *Favonio* ó *Céfiro*, el de Poniente, que es este jovencillo coronado de flores, cuyos suspiros son tan blandos y suaves.

Los que están en segundo término, son los vientos llamados colaterales, porque llenan el espacio intermedio del que ocupan aquellos entre sí, siendo sus nombres un compuesto de los primeros, y los últimos, son los que se llaman medios vientos, ó por mejor decir, rumbos distintos de los vientos.

Pero escucha, escucha, y póstrate á mis plantas asombrada!

Con tan pequeño ejército, yo produzco todas las maravillas que embellecen al Universo, ¡todos los cataclismos que le afligen!

Á mi voz braman los uracanes, corren de mar en mar, de clima en clima, amontonando las nubes, suscitando las tormentas, y haciendo crujir con su salvaje empuje los quicios de la tierra!

Cuando dos de esas furibundas corrientes se encuentran, chocan entre sí con una saña inaudita. Rásganse entonces las nubes, retumba el trueno, silba el rayo y se estremece el mundo.

Los árboles corpulentos son arrancados de raíz y arrebataados por los aires como una leve arista; retiemblan los altos montes, cae convertida en escombros la torre, orgullo del poder humano, y todo es en torno espanto, desolacion y ruina...

¡Pero escucha, escucha!...

Por un solo acto de mi voluntad, los vientos embravecidos vuelven á sus cadenas, brilla el sol, renace la calma: es el céfiro que corre á disipar los negros nubarrones, que acaricia los árboles y llena el espacio de perfumes.

Sin aire, niña, no podria existir el Universo.

El aire que rodea, y, por decirlo así, envuelve el globo de la tierra, es el principal agente de esa sustancia rara, transparente y elástica que se llama atmósfera.

La atmósfera recibe en su seno á una porcion considerable de vapores y exhalaciones que se desprenden de los mares, de los rios y de la tierra, y despues de haberlos purificado, se los devuelve en forma de lluvia bienhechora.

Sin esa atmósfera azulada, que vela los rayos del sol, no existirian los poéticos crepúsculos que tanto dicen al alma, ni podríamos admirar esos vistosos celajes, esos bellos cambiantes de azul, púrpura y oro que cubren la bóveda del cielo cuando el sol llega al ocaso, ó asoma su disco inflamado por entre los cortinajes del Oriente.

Lejos de eso el astro de la luz se presentaría repentinamente en medio del horizonte, sin que el alba nacurada anunciase su presencia, y brillaria con el resplandor rojizo y siniestro de una hoguera encendida en medio de la noche lóbrega; al desaparecer tambien repentinamente, dejaria cubierta de la misma lobreguez la tierra.

Quizás la luz que difundiese ese astro de fuego, seria

muy viva, pero de seguro no veriais mas que los objetos cercanos á vosotros, porque aquellos de sus rayos que diessen en cuerpos colocados á cierta distancia, se reflejarían en línea recta é irían á perderse en la estension inmensa de los cielos!

¡Los cielos! ¿Qué serían los cielos? ¿Qué sería esa magnífica bóveda azul que brilla sobre tu frente, niña, sin el aire que sostiene el equilibrio de los millares de mundos que vagan por el espacio y realzan su hermosura?

¡Si el aire se retirase repentinamente, dejando solo el vacío, quizás todos esos brillantes lumináres, saltando de su eje, caerían rodando hasta el seno de la insondable nada!

Pero concretándonos á la tierra, ¿qué sería sin mí la creación? ¿qué sería sin la prodigiosa variedad de los vientos, que yo gobierno con sin par inteligencia?

¡Estaría muda, inmóvil, muerta!...

El aire es el elemento, al cual debe la naturaleza su conservación y su hermosura. ¡Por él viven, respiran y se agitan los seres animados!

Mira esas avecillas viajeras, ¿no es el aire el que puesto en movimiento por sus blandas alas las sostiene y las permite abrirse una segura ruta al través de los espacios, fijándose allí en donde pueda ser útil su presencia?

Aire necesitan los peces de escama de oro y de esmeraldas, para romper las compactas ondas y atravesar los piélagos profundos.

Y esas lozanas plantas, esos árboles cargados de frutos deliciosos, esas flores de tan espléndidos matices, que se cimbrean sobre su tallo, para vejetar, crecer y propagarse, ¿no necesitan los halagos de la brisa?

El céfiro es el que se encarga de llevar de unas á otras el pólen fecundante: el viento es el que arrebató entre sus alas la semilla que sobra en los países feraces, y atravesando con ella de region en region, volando tal vez de polo á polo, la deposita sobre otras comarcas estériles, á las cuales de este modo fertiliza!

Escucha ese concierto de ecos perdidos, rumores vagos y lejanos, armonías de las aguas, cantos y susurros de pájaros é insectos!... ¿Existiría acaso ese concierto mágico, si el aire no transmitiese los sonidos, y no obrase sobre la organizacion de nuestro oído?

¡Música deliciosa, melodía celeste, encanto de las almas, sin mí, tus armónicos acordes no llenarían de júbilo la tierra!

Sin el aire propicio que recoge la palabra humana, el rey de la creación perdería uno de sus mas brillantes privilegios: ¡el don sublime de poder comunicar y transmitir su pensamiento!

Por esto en la Persia primitiva me adoraban á mí, bajo la apariencia del prodigioso árbol Homa, que simbolizaba luz-palabra, porque la palabra es el portento mayor del Universo; la palabra es la gran civilizadora de los pueblos, porque lleva á todos los ámbitos del mundo artes y creencias!

Pero de otro placer, acaso el mas voluptuoso de todos, te verías privada, niña, si yo soltase mi cetro omnipotente.

¿No percibes el aroma de esas flores? La suave fragan-

cia que se exhala de esas acacias, de esos limoneros, de esos naranjos, que te cercan?

Es la alegre brisa, la que revolotea en torno, sacudiendo aquí y allá sus alas cargadas de perfumes, y embalsamando con ellos el ambiente.

Y sin embargo, no se limitan solo á los placeres que causan las maravillas de mi imperio, sino que proporciono á la naturaleza sólidos é incalculables beneficios.

Yo arreglo el movimiento, la fuerza y la duracion de los vientos, y les prescribo su curso.

Cuando una larga sequía marchita las plantas y debilita á los animales, el viento que sopla del mar, y que está cargado de vapores benéficos, riega los prados y vivifica á los seres. Concluida ya su misión, se retira, y cede el paso á un viento seco del Oriente, que vuelve su serenidad al aire, y entroniza de nuevo el buen tiempo.

El viento del Norte se lleva y precipita todos los vapores nocivos del aire de otoño, y en fin, al Setentrion sucede el viento del Sur, que viene de las regiones meridionales, y lo llena todo de un calor vivificante.

¡Ah! no es por casualidad, niña, que rujen ya estos, ya aquellos vientos: su aparición ó desaparición, es el producto de un cálculo maravilloso é impenetrable, al que deben los seres que respiran la vida y la salud, y su fecundidad la madre tierra.

Si el aire estuviese en una perpétua quietud, si fuesen solo los blandos vientos los que soplasen de continuo, la atmósfera se llenaría de miasmas impuros y pestilenciales.

Así, pues, de cuando en cuando, yo rompo la cadena que sujeta á los huracanes y los lanzo al espacio, para que formen las tempestades y las borrascas, que purifican esa masa inerte, y dispersan muy lejos los vapores nocivos y las inmundas exhalaciones.

¡También suelen disipar las impurezas del alma!

¡Cuando el bramido de los vientos, repetido por todos los ecos de los montes, se une á la voz tonante y majestuosa de los truenos, el hombre siente toda su pequeñez: el hombre reconoce toda la estension de sus culpas, y trémulo y palpitante, dobla la rodilla, esconde la frente en el polvo, y ora!...

¿Qué te parece, niña? ¿No soy yo la mas poderosa majestad de los espacios?

ANGELA GRASSI.



LITERATURA.

A UNA NIÑA RECIEN NACIDA,

en el día de su Santo.

Niña, en tus sueños suaves,
Llega á saludarte el hombre;
¿Qué sabes tú de tu nombre
Si ni aún pronunciarle sabes?

¿Qué entiendes del mundo, dí,
De este desierto infecundo,
Si á tus años, niña, el mundo
Es un cielo para tí?

Quizá con mi canto lloras,
Y al fin me atrevo á cantarte;
¿Cómo he de felicitarte
Cuando hasta tu nombre ignoras.

Enmudezco en tu presencia;
Vacilo con dulce calma;
¿No ha de enmudecer el alma
Al contemplar tu inocencia?

Deja que á tus piés de hinojos
Dulces suspiros te envíe,
Ya que un ángel se sonríe
En las niñas de tus ojos.

Deja, niña, que á tus piés
Recuerde el hombre afligido,
Que también ¡ay! ha dormido
Ese sueño en que te vés.

Blando sueño regalado,
Sueño tranquilo y dichoso,
Que parece mas hermoso
Después de haber despertado.

¿Qué entiendes del mundo, dí,
De este desierto infecundo,
Si á tus años, niña, el mundo
Es un cielo para tí?

Enmudezca el trovador,
Porque en la cuna en que estás,
Los ángeles saben más
Y los entiendes mejor.

A. F. GILLO.

LA DÉCIMA MUSA.

(CONTINUACION.)

A su lado, y sentada en un sillón de cuero, estaba la madre, vestida con algunas pretensiones de señora de buen tono, pero á decir verdad, se traslucía lo aldeano al través de sus perifollos. Junto á ella ví á María, con la boca medio risueña, la mirada lista y el aire un poquillo socarrón.

Seguía Mr. Zephirin endilgado con pantalon de paten-cur á cuadros, frac verde, botonadura de metal, almidonado cuello, cuyos puntiagudos remates subían á rasgarle las orejas, corbata de color de fuego, alfiler de topacios, y gran cadena de oro en el reloj, cuyos sellos movía de vez en cuando para divertirse con el sonsonete.

Seguíanle por su orden un militar, vestido de gala, y adornado con un par de bigotes que metían miedo. Un personaje flaco y vestido de negro, mitad clérigo y mitad paisano, que debía ser el sacristán. El cirujano lucía un traje compuesto de pantalon gris perla, levita marrón, chaleco encarnado y verde, corbatín amarillo, zapatos blancos y medias azules.

Cuando nos vieron entrar, pusieronse de pié y nos dirigieron el saludo de ordenanza.

Yo me acerqué á cumplimentar á la dueña de la casa con todo el respeto debido á la madre de una Musa. Después me incliné profundamente ante la Musa misma, y ante su hermana, que me hizo un gesto, como quien dice: «Nosotros ya nos conocemos.» Por último, apreté la mano á cada uno de mis contertulios, y tomé asiento entre Mr. Zephirin y el gendarme.

Silvano tomó asiento en un escabel, al lado de María. El pobre chico exhalaba unos suspiros capaces de conmovér á una piedra.

Hubo algunos minutos de silencio, durante los cuales pude fijar mi atención en la heroína de la fiesta, cuyo rostro iluminaba de lleno la luz de dos bujías que alumbraban la escena, y ardían colocadas en dos candeleros de latón, que viejos y todo, relucían como si fueran nuevos.

La Musa representaba unos diez y ocho años, vestía con elegante sencillez, sus facciones eran agraciadísimas, su frente despejada, su expresión grave y melancólica, sus ojos azules y de mirada inteligente y dulce; sus cabellos rubios y algo crespos, caían en profusión de rizos naturales sobre los hombros y la espalda. Notábase en el conjunto de su persona cierta distinción y altivez; parecióme una faisana entre una manada de pavos, salvo María, que nada tenía de pava, y mi pobre Silvano, que pecaba de ganso.

Embebido me hallaba en mi contemplación, cuando sentí una fuerte palmada en el hombro. Volvíme al que así se insinuaba, y halléme con Mr. Zephirin, que con aire impertinente me dijo:—Sois de los nuestros, caballero. ¿Entendéis alguna cosa de literatura?

—Lo bastante para sentir un gran placer al oír buenos versos.

—En ese caso, no habeis podido llegar á mejor tiempo, dijo á mi lado una voz de bajo profundo; era la del sargento.

—No dudo que sereis persona de buen gusto, volvió á decir Mr. Zephirin.

—Eso cualquiera lo adivina, dijo el posadero ahuecando la voz. El señor ha venido desde París á honrar con su saludo á la Musa de la Creuse.

—¡Desde París! exclamaron los oyentes, con tanto asombro como si hubieran dicho que venia desde la luna.

—¡Oh! ¡París! ¡París! exclamó la mesonera enfáticamente y levantando los ojos al cielo. Es la verdadera pátria del génio. Solo allí pueden sus alas desplegarse, como nos dice Mr. *** y nombró al mas célebre de nuestros poetas contemporáneos.

—¿Conoceis á Mr. ***? pregunté algun tanto sorprendido.

—Si no tenemos el gusto de conocerle personalmente, repuso la mamá pavoneándose, él nos escribe y conoce todo el mérito de nuestra hija... Vamos, Elena; estos señores son amigos que nos aprecian, y tendrán gusto en saber lo que nos dice Mr. de *** Enséñales la carta, y que vean estos señores el caso que hacen de tus versos los poetas de la corte.

«Señorita, decia la carta, he leído los encantadores versos que me remitisteis, y deploro que tan elevado génio se desarrolle y esconda en el fondo de una provincia. Os aconsejo que vengais á París. Aquí es donde podrá el mérito desplegar sus alas; las alondras anidan en el surco, pero las águilas se elevan á la cumbre de la montaña, y allí es donde forman su nido.»

—¡Qué magnífico párrafo! exclamó Zephirin, recalcando el acento en cada frase: las alondras anidan en el surco, pero las águilas forman el suyo en lo mas alto de las montañas.

—¿Esa carta está escrita en verso? preguntó el gendarme con la mejor fé del mundo.

—¡En verso muy blanco!—respondió Zephirin arqueando magistralmente las cejas.

—¡Calle! saltó diciendo en tono admirativo uno de los concurrentes: ¿los versos tienen segun eso, distintos colores?

—Esta carta se halla escrita en prosa poética, observó la Musa, dirigiendo sus miradas al auditorio.

—¡Caballero! eso es lo mismo, exactamente lo mismo que acabo de tener la honra de advertir á estos señores. Prosa poética y versos blancos, son una cosa misma.

—Vamos, hija, exclamó la mamá, que ardía en deseos de que su pimpollo se luciera; recita los versos que compusiste ayer tarde, estos señores desean oírlos.

La Musa entonces apoyó sus dos manos sobre el respaldo de una silla, elevó al cielo sus miradas, y con ademán inspirado y trágica entonación, dijo:—Ayer, cuando el padre de la luz escondía sus vívidos rayos tras las empinadas crestas de los montes; cuando las aves se adormecían al arrullo del viento, de las hojas y las aguas, y el ruiseñor con dulces gorjeos se despedía del moribundo sol, mientras,

por el horizonte opuesto asomaba la luna, ese fanal misterioso que la mano del Criador ha colocado entre riquísimos broches de diamantes.....

—¡Bravo! ¡bravísimo! Todo eso quiere decir que serian entre siete y ocho de la tarde.

—¿Y nos lo ha dicho en verso? preguntó el bigotudo militar.

—El verso vendrá despues: la Musa está templando su lira.

—La lira, repitieron por lo bajo María y Silvano, que casi se pusieron de puntillas para satisfacer la inocente curiosidad que despertaba en entrambos aquel fantástico instrumento; mas por mucho que alargaron el pescuezo nada vieron, y la Musa continuó diciendo:

Aquella escena me conmovia profundamente; de pronto sentí resonar en mi alma como un arpa éolica, y uní mis acentos al misterioso concierto de la naturaleza; entonces improvisé los versos que vais á oír.

—¡Atencion! gritó Zephirin dando una fuerte palmada.

Elena probó al recitar sus versos, que la educacion francesa, y sobre todo, la que reciben las mujeres en ciertos colegios, si no es la mas útil para el gobierno de una casa, es muy á propósito para lucir en el gran teatro del mundo, porque aprenden á ser consumadas actrices antes que hábiles costureras.

Cuando la declamacion cesó, mil y mil aplausos resonaron en la sala. El bueno del papá lloriqueaba de gozo: la mamá se quiso comer á su hija, y besándola decia:—Eres la gloria de nuestra casa; serás el apoyo de nuestra vejez. María sonreíase con cierta malicia; Silvano suspiraba; los demás aplaudían á rabiar, y yo estaba como quien vé visiones.

En honor de la verdad, los versos eran sonoros y retumbantes como un trompo alemán, y si bien carecian de originalidad, notábase al través de algunas metáforas atrevidas, un no sé qué de campestre que me recordaba el perfume de las violetas que brotan espontáneamente en un jardín sembrado de peonías y dalias; los tales versos de seguro que no hubieran obtenido el premio en un certámen; en un salon hubieran sido celebrados, pero en una taberna de lugar era cosa de pasmarse, y poco me faltó para exclamar como el maestro danzarin:—¡Esto es un prodigio!

—¿Qué tal? me preguntó Zephirin. ¿Cómo encontráis los versos?

—Muy lindos, respondí sin vacilar, y felicito á su autora.

—¡Muy lindos! repitió el gendarme, añadiendo un voto para dar mas fuerza á la espresion. ¡Ya lo creo, y me alegrara que alguno se atreviese á negarlo para romperle la crisma.

—No solamente son lindos, añadió el sacristan, bien se puede asegurar que son estremadamente bellos.

—¡Magníficos! ¡admirables! dijo Zephirin en tono magistral, y si hemos de ser justos fuerza es convenir en que son inimitables.

La Musa, cuyos ojos irradiaban de orgullo, se inclinó majestuosamente para darnos las gracias; por mas grosero que sea el incienso de la lisonja, se aspira con placer, y casi me dió lástima de la que le recibía, por lo cual roguéla

que nos recitara otra composicion; era el modo de cortar la conversacion.

Elena recitó varias composiciones, todas por un mismo estilo. Es decir, en todas ellas salieron á relucir el sol, la luna, las estrellas, el héspero, el alba, etc., etc. En todas se hacia honorífica mencion de la brisa, del murmurio de las hojas y de las aguas, del canto de las aves, etc., etc., parecíame oír al lorito del cantor de Locelign.

A eso de las diez marcháronse los tertulios, y yo, en calidad de huésped de la casa, permanecí algun tiempo conversando con las señoras. Elena, por lo que pude inferir, era una excelente muchacha, entontecida con los elogios que á diestro y siniestro la prodigaban sus padres y admiradores. Salvo sus pretensiones literarias, parecióme juiciosa y amable. Preguntéla desde cuándo habia cobrado aficion á la poesia, y me contestó, que despues de haber leído las meditaciones de Lamartine se habia sentido inspirada.

—Eso mismo le sucedió á Lafontaine, dije yo, despues que leyó una oda de Malherbe.

Mis puntos de literato me valieron el favor de la familia. La madre, poquito á poco me hizo comprender que ni ella ni su hija podían vivir escondidas en aquel pueblo. Díome á entender que su clase y educacion eran muy superiores á la condicion de tabernera: desgracias y reveses de fortuna, la obligaron, segun ella dijo, á resignarse con una suerte, que si bien ella pudo soportar algun tiempo, era ya tiempo de variar, y para ello contaba con los recursos del talento de su hija. Me juzgaria una madre criminal, añadió muy grave, si, como dice con mucha razon el señor Prefecto de Gueret, ocultára la luz debajo de un celemin. Elena está destinada á ser la gloria de nuestro país, y nosotros debemos hacer cuantos sacrificios exija su educacion literaria. París, como dice nuestro gran poeta, es el nido de las águilas; á París debemos llevarla.

—Pero el caso es, que para eso tendremos que separarnos y vender las tierras que poseemos desde la muerte de nuestros padres, observó el pobre mesonero balbuceando.

—¡Valiente cosa producen las tales tierras! dijo la mamá encogiéndose de hombros: ¡algunas fanegas de centeno! al paso que con el talento de nuestra hija nos haremos de oro en pocos años; porque no es la gloria solo quien nos espera en París. Allí nos aguarda tambien la fortuna.

—Convenido, convenido, se apresuró á decir el posadero. Las tierras se venderán, y nuestra hija lucirá en París.

—¡Oh! gracias, papá, gracias; no tardareis en ver retribuida esa generosidad; os daré ciento por uno, y apenas llegemos á París daré á la prensa mis dos tomos de poesías, *Las zarzarrosas* y los *Ayes de un alma*. Con el producto de la venta, os compraré una quinta deliciosa. Ya vereis.

—¡Hija de mi alma! exclamaron á un tiempo ambos esposos. ¡Tú serás el origen de nuestra prosperidad! ¡Qué vez tan feliz nos prometes!

—¿Qué os parece de nuestros planes? me preguntó madama Vaillant, cuyos ojos chispeaban de júbilo y orgullo.

—Tiempo queda para meditarlos, dije yo, sin atrever-

me á decir que los hallaba disparatados, y semejantes á los de la lechera de la fábula.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.

LO QUE LA CREACION DICE AL HOMBRE.

Un Misionero americano refiere que las pieles rojas, es decir, la raza indígena del Norte de América, es vagabunda y ociosa por instinto y preocupacion; los hombres juzgan el trabajo deshonoroso; tiénenlo por una especie de servidumbre degradante, y dejan á las pobres mujeres el cuidado de labrar las tierras y atender á las faenas del campo y cuidados pastoriles. El indio, que permanece fiel á las tradiciones de sus antepasados, solo juzga dignas del sexo varonil dos ocupaciones, á saber: la caza y la guerra. El trabajo, segun ellos, se hizo para los negros, y el estudio para los blancos.

El indio pasa los dias errante por los bosques á la manera de los corzos, ó fumando gravemente su pipa sentado á la puerta de su cabaña ó á las orillas del rio, bajo la sombra de los árboles. Mas como no hay regla sin excepcion, la que cita el indicado Misionero merece ser tomada en cuenta y presentarla como un ejemplo de lo útil que es para el hombre observar la naturaleza y seguir sus lecciones.

Vagaba el buen religioso por los desiertos del Canadá, y llegó á un sitio plantado de frutales, que cercaban y embellecian la morada de un indio, morada que hubiera podido competir ventajosamente con la del mas activo labrador europeo. Daba gozo ver aquellos plantíos y sembrados, aquellos rediles y establos poblados de reses y animales útiles, su cómoda y limpia cabaña, que parecia una quinta de placer, y cuyo enverjado huerto lucia sendos cuadros de hortaliza y hermosos plantíos de maiz y cañas de azúcar.

Sentóse nuestro buen Misionero á descansar, y permaneció largas horas contemplando al dueño de la posesion, que trabajaba cantando, y al parecer muy satisfecho de su ocupacion; esto en una piel roja (pues el colono, á no dudarlo, era de la raza india) era muy extraño, y no pudo menos de manifestarle su aprobacion en términos muy li-songeros y espresivos.

Agradeció el colono sus alabanzas, porque á nadie le disgusta el verse aplaudido, y despues de haber instado al Misionero para que aceptase algunos refrigerios, mostróle su posesion diciendo: En mi juventud era indolente, como todos los de mi raza, pero un dia me senté á la orilla del rio, y mientras yo fumaba mi pipa, los peces trabajaban y construian bajo mis piés una especie de dique para resguardar sus huevecillos. Mirándoles estaba, cuando sentí revolotear encima de mi cabeza dos pajarillos, eran un macho y una hembra, y lo mismo el uno que la otra, no cesaban de ir y venir con pajillas y materiales para construir su nido en el tronco del árbol; el trabajo no les impedía cantar, y

al parecer se hallaban tan contentos en el aire, como los peces en el agua.

Entonces miré mis brazos, abrí las manos, volvílas á cerrar, miré las piernas, y dije: ¿Me habrá dado el Gran Espíritu estos miembros tan ágiles y robustos para tenerlos ociosos? ¡Imposible! Los peces no tienen piés ni brazos, y trabajan; pues yo que los tengo, con mas razon debo haber nacido para trabajar; y en efecto, desde aquel dia, me propuse no perder el tiempo, y viendo estais si he sabido aprovecharle... Mientras los demás fuman para entretener el hambre, yo cultivo mi posesion, y ¡nada me falta en ella para ser feliz! Mi mujer y mis hijos me ayudan, y en cam-

bio gozan de la mayor comodidad; mis ganados prosperan de dia en dia; el contento y la paz reinan en mi cabaña, y creo imposible que haya en todo el mundo familia mas unida y feliz que la mia. Todos amamos el trabajo, y en recompensa, el trabajo nos ha traído el bienestar y la salud.

—¡Oh! ¡Sois un verdadero sábio! exclamó el Misionero encantado: habeis comprendido la enseñanza de la naturaleza. «Trabajad, y sereis felices y virtuosos;» eso es lo que la Creacion dice al hombre.

(Arreglo.)

CAMILA AVILÉS.

TEATROS.

¡Qué cierto es que el arte no muere! ¡Qué cierto es que el teatro, cuando mas desanimado aparece, suele levantarse de su postracion, vigoroso y lleno de energía! Hace un mes las noticias que corrían respecto de la próxima temporada de los coliseos madrileños eran muy poco satisfactorias, porque ignorándose el respectivo destino de ellos, al menos en su mayor parte, se creía imposible que abriesen sus puertas con esperanzas de fortuna. Todo presagiaba desaliento y falta de competencia, de esa contradicción artística que da por resultado la vida.

Hoy se han disipado las nieblas y se ve claro en el horizonte. Las esquinas de las principales calles publican en mudas voces el personal de las compañías, sin que ni un solo coliseo permanezca cerrado, ó parezca entrar con escasos brios en la competencia que se prepara. Además, todos los géneros literarios y musicales van á tener su escena peculiar. No debemos por lo tanto darnos por descontentos del actual estado de cosas.

Por fin, despues de nuestro artículo precedente, se ha dado á luz la formacion definitiva del PRÍNCIPE que era una de las menos conocidas á ciencia cierta. En ella figura efectivamente, como se indicaba, el popular actor D. Julian Romea, jefe natural de todos los demás. A él están unidos los Sres. Delgado, Pizarroso y Zamora, y las Sras. Palma, Berrobiano y Dardalla, con otros actores y actrices que citaríamos de buena gana siuviésemos presente en este momento la lista oficial. En ella sin embargo se echa de menos un nombre respetable, el del Sr. Valero que tanto honra al coliseo á que pertenece, no comprendiendo nosotros cómo tan excelente artista no figura tampoco en ninguna de las otras compañías de declamacion.

Las representaciones del PRÍNCIPE comenzaron anoche no ya con el *Sullivan* segun decían los periódicos, sino con la comedia en tres actos de nuestro teatro antiguo, original de Lope de Vega, titulada *Amantes y celosos todos son locos*.

Tambien el Circo ha dado á luz la lista de los actores que en su recinto van á trabajar en el próximo año, constituyendo una buena compañía de zarzuela. Cuando hace al-

gun tiempo comenzaba á decirse que en él se establecería esta clase de espectáculo, se abrigaban pocas esperanzas de realizacion, visto el estado decadente del género, ocasionado en los últimos años por la corrupcion que se comunicó al gusto del público. La sorpresa por lo tanto ha sido doblemente agradable al ver una escogida formacion lírico-dramática, y al conocer los nobles propósitos de la empresa en pro de la conservacion y prosperidad del citado género que ha producido amenos libretos y elegantes partituras. La compañía está compuesta en su mayoría, de nombres desconocidos en la escena de la corte, pero reputados en las principales de provincia, presagiando favorable éxito los que pueden apreciar por experiencia propia la importancia ó significacion de dichos nombres. Las Sras. Uzal y Estévan, y los Sres. Fernandez (D. Eugenio) y Calvet son los únicos conocidos en Madrid.

Por lo que hace á nuevas obras parece ser que la empresa se promete satisfacer el justo deseo del público, puesto que cuenta con la cooperacion de escritores distinguidos. Al mismo tiempo anuncia que tiene dispuestas para ponerse en escena las siguientes producciones:

Las bodas de Camacho, en un acto.

Manos blancas no ofenden, idem.

El Agente secreto, en dos actos.

La Juglaresa, en tres.

La conquista de Méjico, idem.

El Baron de Adrest, idem.

La Virgen del Valle, idem.

Sinceramente deseamos la prosperidad de esta empresa, si como promete mira con celo los intereses del arte, á la vez que busque como es justo la legítima recompensa de su trabajo. Probar que la zarzuela, considerada en un punto de vista elevado con relacion á su destino, no debe morir ni degradarse seria una hazaña digna de elogio hoy que tan general es creer que el género cómico lírico no es ocasion mas que de farsas y estériles pasatiempos.

No pudimos indicar en la anterior revista que abría sus puertas el teatro de NOVEDADES, en la noche del 24 del actual. Asi e verificó con auspicios muy lisongeros.

En primer lugar el coliseo ha ganado extraordinariamente en punto á capacidad y belleza, siendo ahora un recinto por extremo agradable. En segundo habia una magnífica entrada, siendo la concurrencia selecta y conocida. En tercero, la funcion, compuesta de *Jorge el armador* y las *Tramas de Garulla* fué motivo de justos aplausos para los Sres. Mata y Fernandez.

Del último de ambos actores nada tenemos que decir puesto que es conocidísimo del público, pero del primero que hacia su estreno en la escena de la corte, debemos consignar, y lo hacemos con fruicion, que es un actor de buen presente y mejor porvenir. El Sr. Mata tiene agradable figura, sonora voz y fáciles y variadas maneras, reuniendo en su expresion, segun conviene, la naturalidad de la comedia y el arrebató del drama. No es esto decir que carezca de defectos: los tiene, ¿quién no? pero los hacen olvidar sus notables cualidades. Creemos que el Sr. Mata está destinado á ocupar un elevado puesto entre los actores españoles. Nos alegraremos de que se realicen tan lisonjeras esperanzas, por él y por el arte escénico que anda necesitado de intérpretes de porvenir.

Ya dijimos oportunamente que en el teatro de Los Bufos MADRILEÑOS, antes de VARIEDADES, se habian comenzado las representaciones con una zarzuela en dos actos, denominada *El jóven Telémaco*. El éxito fué agradable para la empresa y para los autores Sres. Blasco y Rogel, porque el público se rió mucho. Si el único objeto propuesto es producir la hilaridad, en la primera obra se ha conseguido. El tono de parodia de *El jóven Telémaco*, los variados chistes de palabra y accion en que abunda, y la acertada ejecucion de los actores, satisficieron bajo dicho punto de vista á la concurrencia.—Veremos si hay tino y prudencia para andar por el camino abierto.

La temporada extraordinaria del Sr. Rossi ha llegado á su término. De las últimas funciones ejecutadas, *El Cid* ha merecido unánime y severa censura, así como debido aplauso *Maria Stuard*, representada con la señora Santoni, y *Los enamorados*, de Goldoni, en la cual figuró en primera línea la señora Pompili-Trivelli.

No irá descontento del público madrileño.

DIEGO DE RIVERA.

MODAS.

-Explicacion del Figurin, núm. 828, bis.

NUM. 1. *Prendido* de sociedad formado con *echarpe* de tul blanco y corona de flores.

NUM. 2. *Cofia* fanchon de tul moteado, y bridas de el mismo, guarnecida de encaje de Malinas, y adornada además por delante de presillas de cinta estrecha que abrazan el encaje: por detrás la terminan lazadas y lazo en medio de cinta mas ancha.

NUM. 3. *Cofia* napolitana formada por cinco bullones de tul, separados por cinta estrecha de color verde, y guarnecida de encaje. Dos cintas retorcidas mas anchas cubren el pié del encaje, y de este mismo lleva lazo por delante, y otro por detrás con caidas de cinta.

NUM. 4. *Gorra* Lamballe de guipure Cluny, guarnecida de dos encajes por delante y tres por detrás, separados los primeros por lazadas de cinta grosella. Las bridas son de igual color, formando lazadas al nacer y sujetas con lazos por detrás.

NUM. 5. *Cuerpo* á la griega, sin mangas. Este cuerpo, de forma figura, es de muselina plegadita, guarnecido de un biés de seda grosella, cubierto de entredos de encaje y orillado por fleco de bellotas de pasamanería. Dos escarapelas de cinta con borlas la adornan en el pecho, y un encaje con cinta en la pegadura guarnece la bocamanga.

NUM. 6. *Cuerpo-figura* de muselina rizada con entredos encima figurando vueltas con terciopelitos negros pasados por el calado de la orilla y en el hombro. Un ancho encaje la termina alrededor y en la bocamanga.

NUM. 7. *Chaquetilla* de muselina rayada de forma redonda por delante, y con aldetas por detrás, adornada por cinta de color de lila, que la guarnece alrededor, sube en arco hasta el talle por detrás y se repite en escarapelas con caidas en el hombro, de las que baja una gran presilla á dar la vuelta á la manga. Caidas con borlas iguales á las de la hombrera bajan del cuello por la espalda hasta la mitad.

NUM. 8. *Cuello* alto formado por un bullon de muselina, y cordon de seda verde al pié en grandes festones: manga adornada con vueltas y botones de seda como el cordon.

NUM. 9. *Cuello* de holanda, de forma magistrado, con dos terciopelos cruzados encima, y manga semejante con borlas.



Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.